

cion : « Si los trámites del procedimiento prueban la culpabilidad de Atanasio, estad seguros de que su condenacion será rigurosa : mas en el caso en que de ellos resultase su inocencia, si persistís á no recibirlo á vuestra comunión, yo me comprometo á llevármelo conmigo á España. » San Atanasio suscribió á esta proposición ; mas sus enemigos desesperaban de tal modo de la justicia de su causa, que se negaron á dar oídos á nada y partieron inmediatamente para sus iglesias, bajo el frívolo pretexto de que el emperador les escribía que se volvieran para dar gracias á Dios por la reciente victoria alcanzada contra los Persas. La retirada de los Arrianos en nada entorpeció la marcha del concilio. Se habian sometido tres puntos á su exámen. 1°. Una declaración de fe católica acerca de la cuestión promovida por el arrianismo ; 2°. la causa de los obispos echados de sus sillas y acusados por los Arrianos ; 3°. las quejas formuladas contra los Arrianos mismos por sus víctimas. Acerca del primer punto se decidió, con inmensa mayoría, que habia que atenerse al símbolo de Nicea, como definiendo explícitamente la fe católica acerca de la divinidad del Hijo de Dios. — Se pasó inmediatamente á tratar de las causas de san Atanasio, Marcelo de Ancira y Aselepas de Gaza, echados de sus sillas por los Arrianos. Se volvieron á ver todas las acusaciones ya sometidas al concilio de Tiro contra el patriarca de Alejandría, se examinaron de nuevo y fueron desechadas unánimemente como infames calumnias. Marcelo de Ancira y Aselepas de Gaza fueron declarados inocentes. En su consecuencia, los tres prelados fueron admitidos solemnemente á la comunión de la Iglesia, fué confirmada su legítima autoridad en las diócesis de que habian sido despojados, y en fin quedaron anatematizados los usurpadores. — Quedaba por último el juicio acerca de la conducta de los obispos de Oriente, quienes, á pesar de la decisión del concilio ecuménico de Nicea, no habian cesado de comunicar con los Arrianos, de sostenerlos con su favor en la corte de Constantinopla, y de hacerlos obispos é imponerlos por violencia á las principales iglesias. Los cabezas de esta facción, tolerada hasta ahora, fueron

excomulgados nominalmente y depuestos del obispado. Eran ocho, á saber : Teodoro de Heraclea, Narciso de Neroniada, Estéban de Antioquía, Jorge de Laodicea, Acacio de Cesarea en Palestina, Menofante de Éfeso, Ursacio de Singidon y Valente de Mursa. Estos dos últimos habian sido anatematizados ya por el concilio de Nicea. Los Padres pasaron en seguida á la redacción de los cánones de disciplina : reconocen y explican categóricamente el derecho de apelación al papa, la jurisdicción de la Santa Sede romana sobre las causas eclesiásticas, la obligación de someterse á su juicio ó al de los legados enviados por el soberano Pontífice para examinar los hechos en los lugares mismos. Estos son los legados que despues se han llamado *à latere*. Otros cánones prohíben las arbitrarias traslaciones de una silla á otra, el nombramiento de obispos para sillas cuyos titulares han apelado al papa, antes del juicio definitivo del romano Pontífice. — Las actas del concilio fueron remitidas en seguida al papa san Julio, y á los dos emperadores Constancio y Constante, á Antioquía y á Tréveris. Así se acabaron las pacíficas sesiones del concilio Sardicense. No se le ha puesto en el rango de los concilios ecuménicos, á pesar de haber reunido obispos de todas las provincias del mundo : probablemente porque no tuvo que decidir ni formular artículos de fe, pues que se limitó á reconocer el símbolo del concilio Niceno, del cual puede considerarse como corolario.

12. La decisión del concilio de Sárdica fué universalmente aplaudida en todo el universo cristiano. Fué muy vana y fútil la odiosa calumnia que trataron de mover los Arrianos contra los dos obispos, Vicente de Capua, y Eufratas de Colonia, encargados de entregar al emperador Constancio la carta sinodal del concilio. A su llegada á Antioquía, Estéban, obispo de ella, habia sobornado á un criado de ambos legados, el cual introdujo por la noche en su habitación una mujer de mala vida. Pero esta infeliz, turbada á la vista de estos dos venerables prelados, habia huido, publicando por todas partes la odiosa traición de que habia querido hacérsela cómplice. Este

incidente sirvió para hacer abrir los ojos del sobrado débil Constancio. Después de una sumaria jurídica, en la cual fué Estéban convicto de haber tramado esta infame intriga, el emperador mandó fuese juzgado por los obispos que á la sazón se hallaban en Antioquía, los cuales le depusieron del obispado y le excomulgaron. Constancio admitió entonces á su presencia los enviados del concilio, les acogió muy bien, recibió favorablemente el mensaje, y ordenó inmediatamente se levantase el destierro y se llamase á los prelados confinados. Y aun hasta manifestó sus vivos deseos de ver á san Atanasio, á quien escribió tres cartas de su puño y letra, rogándole viniese á la corte. Hallábase á la sazón en Roma el santo patriarca cerca de san Julio I, á quien colmaron de júbilo estas noticias. Antes de separarse de san Atanasio el soberano Pontífice quiso escribir al clero y á los fieles de Alejandría una carta congratulatoria, en la cual entre otras cosas les decía: « Y en fin, hermanos carísimos, se han colmado vuestros deseos; vuestro obispo Atanasio va á seros restituído: acoged con la mayor honra posible á este ilustre campeón de nuestra santa fe. Vosotros habeis sido su consuelo en los países y naciones extrañas; vuestra fidelidad le ha sostenido en medio de los peligros y persecuciones. Nuestro corazón salta de gozo al representarnos con la imaginación el regreso de nuestro venerable hermano en medio de vosotros, el júbilo que se manifiesta por do quiera va pasando, la piedad del pueblo que le va saliendo al encuentro y los transportes de la muchedumbre que acude de todas partes. ¡Qué dichoso día os espera! Acabarás lo pasado; y ese regreso tan suspirado unirá de hoy en adelante todos los espíritus y todos los corazones. Os acompañamos anticipadamente en vuestros gozos tanto mas cuanto que Dios nos ha hecho la gracia de conocer personalmente á un hombre tan grande. » Tales eran los sentimientos de caridad universal que animaban á los soberanos Pontífices; y tal era también la veneración que inspiraban las virtudes y el ingenio de Atanasio el Grande. Julio I le dejó salir de Roma, colmado de bendiciones, para An-

tioquía, donde se hallaba Constancio. El emperador recibió á san Atanasio con una benevolencia á la cual ni uno ni otro estaban acostumbrados: hizo borrar de las actas públicas, custodiadas en los archivos del imperio, todo cuanto se habia escrito contra san Atanasio, y le juró solemnemente no dar oídos jamás á sus calumniadores. Hizo escribir á las iglesias del Egipto haciéndoles saber: « que estar unido en comunión con el venerable Atanasio, será suficiente prueba de las buenas disposiciones de cada uno. » En fin mandó á los magistrados y pueblo de Alejandría recibiesen al santo patriarca con los honores que rendirian á la persona misma de su soberano. Preconizado con tan brillantes testimonios, el santo patriarca llegó á vista de Alejandría el año 347. Todos los obispos de Egipto y de las dos Libias se habian reunido allí para recibirlo: los magistrados y el pueblo le aguardaban vestidos de ceremonia y de fiesta: la ciudad estaba toda colgada de alfombras, tapices y guirnaldas de flores; la muchedumbre llevaba en las manos ramos que agitaba en signo de júbilo al paso del ilustre desterrado: ningun rastro de los antiguos desórdenes vino á turbar este día de regocijo universal. Gregorio de Capadocia, el intruso, habia perecido algunos meses antes en un motin popular. El gozo que difundia por toda Alejandría la vuelta del patriarca legítimo, se traslució inmediatamente en las obras por un aumento señalado de fervor y de piedad cristiana. La caridad de los pueblos se manifestaba especialmente en alimentar y vestir á pobres y huérfanos; cada casa parecia haberse vuelto en una iglesia destinada á la oración y práctica de las virtudes. Los que hasta entonces se habian mostrado mas fogosos perseguidores de san Atanasio, se apresuraban con mayor instancia á escribirle para entrar en su comunión. Hasta los mismos Ursacio y Valente presentaron al papa san Julio una formal retractación de su conducta. « Todo cuanto hemos propalado y escrito hasta ahora contra Atanasio, decian, todas las acusaciones formuladas contra él y reproducidas por nosotros, las declaramos horribles calumnias: pedimos perdon por ello á Vuestra Santidad y á

» él. Aun más, nosotros anatematizamos al hereje Arrio y á sus sectarios, y os suplicamos nos recibais á la comunión de la Iglesia. » Los demás preladados desterrados volvieron á ocupar al mismo tiempo sus sillas : Pablo ó Paulo, en Constantinopla ; Asclepas, en Gaza ; Marcelo, en Ancira ; y en aquel momento pudo creerse vencido el arrianismo para siempre jamás.

13. Grande fué sobre todo el júbilo en las soledades de la Nitria y de la Tebáida al regreso de san Atanasio á su ciudad patriarcal de Alejandría : pero nadie entre los monjes experimentó mayor júbilo que san Antonio, cuya alma habia participado de todas las tribulaciones del ilustre proscrito. En el año anterior, san Antonio, guiado por el espíritu de Dios, se internó, solo y apoyado en el báculo que sostenia su anciano cuerpo, en las profundidades del desierto. Se presentó á su vista una gruta cerrada con una piedra que sin duda alguna debió colocar allí una mano humana. « Abrid, dijo el patriarca » tocando á la piedra ; vos sabeis quién soy yo, de dónde vengo y porqué. Yo no soy digno de contemplar vuestro rostro ; mas por amor de Cristo abridme, ó yo muero aquí. » Vino á abrir á esta voz un anciano cuyas canas caian desmeledadas en sus hombros y cuerpo extenuado, arrugado, denegrido por la edad y las austeridades de la penitencia, semejándose mas bien á un esqueleto que no á un hombre, vestido de palmas tejidas en forma de estera. Era san Pablo, primer ermitaño, quien desde el año 250 vivia desconocido de todos los hombres, alimentado con medio pan que venia á traerle á su puerta un cuervo todos los dias por la madrugada. Ambos santos se saludaron con sus propios nombres, sin que ninguno de ellos hubiese oido hablar del otro. Habiéndose sentado en una peña al borde de una fuente que daba sus claras, aguas desde cien años hacia, á este veterano de la soledad, Pablo dijo á su huésped : « Y ¿qué hacen ahora los hombres ? » ¿Construyen aun casas nuevas en sus viejas ciudades ? ¿A qué señor obedecen ? ¿Es que aun persiguen á los cristianos ? » — Antonio respondió á estas preguntas, y dejó la ermita para ir á su monasterio á buscar el manto que san Atanasio le habia

dado y en el cual deseaba san Pablo ser amortajado. San Antonio se apresuró como pudo á caminar toda la distancia que tenia que andar con la diligencia que le permitian sus fuerzas ya agotadas : mas cuando volvió, solo encontró los restos exánimes del santo anciano ; y le amortajó con respeto. Un leon vino á ahondar á sus piés, en tierra, un hoyo donde fué enterrado san Pablo, esperando la bienaventurada resurrección. — Estos detalles tan sentimentales, referidos por el mismo san Atanasio en la *Vida de san Antonio*, que escribió para los solitarios de la Tebáida, iban á despertar en las almas del mundo entero el amor de la soledad y el santo ardor de la perfección eremítica. Seducida por el poderoso atractivo de una vida misteriosamente trascurrída en la oración y contemplación, una muchedumbre inmensa de jóvenes de ambos sexos se sustraian al tumulto del mundo para hacer al claustro confidente secreto de sus esperanzas y destinos. Roma veia formarse ya en su seno monasterios que rivalizaban en celo y fervor con los florecientes desiertos de la Nitria ; y así iba inaugurándose la vida monacal y religiosa en la Iglesia al aspecto de ejemplares tan santos y tan ilustres.

14. En tanto que las grandes reyertas del arrianismo estaban agitando todo el Oriente, y que parecia que la virtud se habia retirado, huyendo, al desierto con los Pablos, Antonios, Hilariones y sus discípulos, la Iglesia de Cartago no habia cesado de ser atormentada y vivamente afligida por el cisma de los Donatistas. Dos Donatos habian sucedido al tristemente célebre *Donato de Casis Nigris*, cuyos amaños hemos referido ; el uno se habia hecho obispo cismático del mismo Cartago, y el otro habia usurpado la silla episcopal de Bagaya. Sus partidarios, esparramados por las campiñas y caseríos, *circumcellas*, habian tomado el nombre de *circunceliones*, y daban al mundo un triste espectáculo de nuevo y extraño fanatismo. Inspiraban á las masas el deseo de la muerte para llegar mas pronto al cielo, y se veian bandadas de furiosos que se precipitaban en las gargantas de los montes, á las aguas profundas, á rios, torrentes, estanques y aun á las hogueras que ellos

mismos encendian, por hallar un martirio de que ellos mismos eran víctimas y autores. A veces se desdeñaban de matarse á sí mismos, y obligaban á los que pasaban á hacerles tan insigne favor! Un jóven se encontró un dia con una banda de estos frenéticos, que le presentaron una espada desnuda con órden de pasarlos á todos á cuchillo, so pena de serlo él mismo. El forastero fingió acceder muy gustoso á su petición, pero les declara que no teniendo él vocacion de matarse ni ser matado, les ponía por condicion, para matarlos á ellos, á que estén todos muy bien atados, por temor de que alguno esquive la muerte dándosela á él. Estos locos consintieron de grado en ello. Cuando estuvieron todos muy bien atados, el jóven los azotó á las mil maravillas, y deseándoles mejor éxito, continuó su camino. Los circunceliones, por ardor del martirio, se creían con derecho de infligírselo á los demás: pretendían hacer obra de misericordia cargando de sendos palos á los viajeros indefensos, y aun matándolos para enviarlos al cielo por el camino mas corto. Estos desórdenes exigieron muy pronto la intervencion de la autoridad imperial para reprimirlos. Constante envió dos personajes de su corte, Paulo y Macario, á Cartago con misión de poner coto á tales locuras. Fueron inútiles los medios de conciliacion que trataron de probar los dos lugartenientes del emperador, contra furiosos que querían morir. Hubo de recurrirse á la fuerza armada, que logró dispersarlos despues de muy tenaz resistencia. Donato, el obispo intruso de Cartago, se fugó con todo su clero; su homónimo ó tocayo de Bagaya se echó á un pozo; Maculo, jefe ó cabeza de los sediciosos, se arrojó de lo alto de un peñascar. Los restos de esta secta frenética se escondieron por las soledades y desaparecieron poco á poco: y con ellos se apagó el cisma de los Donatistas, que duraba en la Iglesia de Cartago desde el año 311. Grato, obispo católico de esta ciudad, juntó un concilio á fines de 348 para acabar de pacificar este desgraciado país, y poner medidas que observar respecto de los cismáticos de buena fe, que pedían á grupos numerosos volver á entrar en la comunión con su legítimo pastor. Los catorce cánones

que se decretaron respiran ese espíritu de caridad y misericordia que sabe conservar la disciplina sin comprometer la union por rigores excesivos. Se prohíbe administrar de nuevo el sacramento del bautismo á los que lo han recibido ya de los herejes ó de ministros indignos, con tal que haya sido conferido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es sabido que el error capital de los Donatistas es porque enseñaban la práctica contraria. Se declara tambien en este concilio que no pueden atribuirse los honores del martirio á los que se han dado la muerte á sí mismos, en vista del cielo, como hacian los circunceliones. Por último se dan reglas de conducta al clero y fieles.

15. La paz de que gozaba la Iglesia desde la reunion del Oriente y Occidente en el concilio de Sárdica y dispersion de los circunceliones, solo se hallaba alterada por la persecucion que desde el año 327 habia declarado contra los cristianos Sapor II, rey de Persia. Muy pronto se mudaron en hostilidades abiertas las buenas relaciones de amistad que con este príncipe habia entablado Constantino Magno. Inventó Sapor contra los fieles, en extremo numerosos especialmente en ciertas provincias de aquel imperio, donde ya habia muchas iglesias ó cristiandades, tormentos tan cruelmente ingeniosos, que no habian venido todavía á imaginacion de ningun procónsul romano. Fueron destruidas todas las iglesias y altares, incendiados los monasterios y los monjes maltratados y arrojados cual si fuesen fieras dañinas. En la ciudad de Lubaham se prendió á dos hermanos cristianos, Jonás y Birch-Jesús, que llevaban á los fieles presos por la fe socorros caritativos. Jonás fué atado á una estaca, medio empalado y azotado con vergas hasta descarnarle las costillas. Zambullido en un estanque helado, se le hizo pasar allí la noche. Al dia siguiente se condujo el mártir al tribunal, y se le intimó de nuevo adorar el sol y el fuego, divinidades de la Persia. « La vida, dijo Jonás, es semejante á » la simiente que el cristiano echa en tierra; si tiene paciencia » para aguardar la hora de la siega, le producirá en el porvenir una gloria inmortal. » Los jueces, al decir estas palabras,